NECROLOGIA

DON GREGORIO MARAÑON Y POSADILLO

(† el 28 de marzo de 1960)

POR

EL MARQUES DE LOZOYA

D. Gregorio Marañón.

POCAS veces he lamentado tanto mi carencia de cualidades oratorias como en esta ocasión, de triste solemnidad, en que he de evocar ante esta Real Academia de San Fernando una de las figuras más excelsas de la España actual, a la que por uno de esos milagros con que Dios exalta alguna vez a nuestra pobre naturaleza fué posible figurar en primera línea en múltiples actividades diversas y antagónicas, para cada una de las cuales parecía insuficiente la total consagración de una vida. En esta misma semana, en casi todas las Reales Academias, se hará el elogio de don Gregorio Marañón por su dedicación relevante a disciplinas no solamente distintas, sino que requieren cualidades contrapuestas. Porque la gran singularidad del caso Marañón estriba en que nuestro compañero no fué en ninguna de sus actividades un mero *dilettante* que, como tantos otros médicos de nuestro tiempo, tomase la Historia o las Bellas Artes como un violín de Ingres, solaz para divertir la abrumadora pesadumbre del ejercicio de la Medicina, al cual hace penoso el continuo contacto con el dolor, sino que se entregaba a cada una de sus tareas con la escrupulosa dedicación de un profesional.

En la Medicina y en la Biología, que constituyeron su vocación primaria, alcanzó una reputación universal y su nombre figura en el elenco de los que han mantenido en el mundo el prestigio de la medicina española; pero, al mismo tiempo, su obra histórica le sitúa en lugar preminente entre los historiadores españoles por una serie de estudios en que compagina la copiosa documentación, recogida con exquisito cuidado, con la belleza literaria y el profundo conocimiento del corazón humano. Y en la Historia del Arte, que le dió título para ostentar nuestra medalla académica, Marañón ha de ser citado siempre por los especialistas como uno

de los escritores que más han profundizado en la maravillosa y compleja personalidad de Domenico *el Greco*. Y toda esta labor científica y literaria dentro de una vida densa cuya fatiga se agravaba por el profundo sentido humano de nuestro compañero, el cual podría decir como Terencio: "Hombre soy y nada humano puede serme ajeno." Fué acaso esta complejidad de actividades possible en el Renacimiento, como en el caso del doctor Laguna, herbolario, humanista y poeta, pero era entonces muy limitado el campo de cada ciencia y no era difícil a un intelectual abarcar varias disciplinas. En nuestro siglo el caso de Marañón es asombroso. Vencedor de los inflexibles límites con que el tiempo contiene nuestras ansias de reflexión y de trabajo.

Cuando don Gregorio Marañón escribe sobre arte se refleja en su siempre bella prosa como un bienestar, una alegría de quien realiza el hallazgo que le es más grato a su alma, de lo que mejor se compagina con su íntimo sentir. El fué gran coleccionista de obras de arte, en cuya contemplación reposaban su vista y su mente fatigada. Figura en su biblioteca la más completa y bella colección de libros de viajeros que escribieron sobre España; su cigarral de Toledo, pequeño y selecto museo, era el más codiciado mirador sobre la ciudad, y en sus jardines se reiteraban cada domingo los coloquios entre apasionados por la belleza con que en otro tiempo los ingenieros toledanos hicieron famosas las riberas del Tajo. Gran aficionado a la música y escribió sobre este arte alguna vez. Pero el tema predilecto, casi exclusivo de Marañón como historiador del arte, es el Greco en su relación con Toledo. La precoz apetencia del médico apenas salido de las aulas por los goces del espíritu le puso en contacto con la ciudad imperial a través de la prosa de don Benito Pérez Galdós. En este momento—comienzos de la segunda década de nuestro siglo, poco antes de la primera gran guerra europea—se inició la revalorización del pintor cretense y fué tomando impulso la apasionada admiración hacia su obra en aquella Europa alegre y confiada, ávida de goces intelectuales. Fueron jalones de este proceso el gran libro de don Manuel Bartolomé Cossío y la inteligente e incansable propaganda del benemérito marqués

de la Vega Inclán, el fundador del Museo y de la Casa del Greco. Según Sánchez Cantón el primer testimonio literario de la devoción del médico, ya famoso, por el cretense está en el artículo titulado "Nuevas notas médicas sobre la pintura del Greco", publicado en la *Revista de las Españas* en 1927. Le sigue el prólogo antepuesto a su traducción al libro de Alejandra Everts *El Greco,* publicado por *Cruz y Raya* en 1935. Desarrollo de ideas, de interpretaciones y de puntos de vista que ya se presentían en los breves ensayos anteriores hay en el denso libro *El secreto del Greco,* editado en Madrid en 1940. No se refiere concretamente a Domenico Theotocopulos, pero sí al ambiente que explica su obra, otro libro de Marañón: *Elogio y nostalgia de Toledo,* cuya segunda edición, muy modificada por el autor, es de 1951; sus páginas describen diversos aspectos del paisaje y de la vida de la ciudad cesárea. "El Toledo del Greco" fué título del discurso de ingreso de nuestro llorado compañero en esta Real Academia, el 20 de mayo de 1956, y sus palabras, en las cuales la erudición se diluye en la finura de las observaciones directas, integran, con las del señor Sánchez Cantón, su interlocutor en el ritual diálogo, uno de los más bellos torneos oratorios que se han celebrado en nuestra casa solariega. Y, por último, su reciente libro sobre *Toledo y el Greco,* en el cual se desarrolla con amplitud una visión personal del problema del Greco cuyo germen está ya en la primera de sus publicaciones.

A través de todos estos estudios podemos ir siguiendo el pensamiento de Marañón sobre el pintor cretense que, educado en Venecia, encontró en Toledo el único ambiente propicio a su genio. En ellos se siguen el desarrollo de la formación estilística del pintor, educado en los monasterios bizantinos de su isla nativa, que aprendió en Venecia la magia de la luz y del color y que en España se vió rodeado de un ambiente de altísima religiosidad que no había encontrado todavía su intérprete pictórico. "El Greco encontró en Toledo—escribe el mismo Marañón—el ambiente adecuado a su espiritualidad: poetas que le comprendían y alababan en sonetos tan alambicados como su pintura, paisajes como en el lejano Oriente, pesadas nubes como las que sirvieron de trono a los profetas..., caballeros

asténicos y un tanto enajenados y, sobre todo, gentes que eran capaces de rezar y de transportarse delante de sus lienzos religiosos." La descripción exacta de este ambiente, tan bien conocido y tan bien amado, es otro de los hallazgos de los estudios de Marañón. Y, por último, el proceso de la estimación de su obra a través de los siglos, desde las frases recelosas de Pacheco y Palomino hasta la exaltación universal de nuestro tiempo.

Labor científica y literaria ingente, que dejará en la cultura española un impacto perdurable. Pero en aquellos que hemos tenido la fortuna de convivir con él en el tiempo, la huella más constante en nuestro espíritu será de su sentido humano de la vida, la de su compasión ante el dolor ajeno y de su esfuerzo constante en mitigarlo, la de su paciencia inagotable con cuantos de él necesitaban, la de su exquisita caridad con médicos, artistas y literatos noveles. Un poeta de nuestro tiempo ha escrito: "Todos tenemos la conciencia de que hay algo eterno y que esta eternidad no está en nada corpóreo: ni siquiera en las estrellas. No está siquiera en la fama entre los hombres, que al cabo ha de sumirse en el abismo del olvido, sino en la caridad, acogida para siempre en el Reino de Dios."